¡Ajá! Con que estilo Tom Sawyer, ¿eh? Bueno, agarrémonos fuerte, que esto va de días sin preocupaciones, de ríos que son la casa grande y de historias de gente brava contadas al calor de un fogón o bajo el sol de la tarde. Aquí va eso:

**El Cañón de La Vega y los Cuentos de Tía Rosario**

Vaya tarde que hacía allá arriba en las montañas de La Vega, Cundinamarca. De esas que te hacen sentir que el mundo es grande y tú eres parte de él, con un sol poniéndose en el horizonte como una moneda de oro vieja y un aire que te despejaba hasta el alma. Mirando hacia abajo, al cañón del río La Vega, y viendo el agua brillar, caramba, te acordabas de cosas.

Y lo primero era el río, ¡claro! El río cerca de la casa del abuelo. Nuestro segundo hogar, sin que nadie nos mandara ni nos dijera qué hacer, desde que el sol subía hasta que ya no se veía nada. Agua verde, sí señor, verde como el guarapo, fresca y lista para jugar sin parar. Nuestra única preocupación era que no se fuera la luz, porque salir del río era como salir del paraíso, y la noche llegaba rápido cuando uno más se divertía. Chapotear, bucear, inventar mil juegos con palos y piedras... ¡esas sí que eran tardes!

Pero hoy, viendo el cañón así, pensabas no solo en chapotear, sino en de dónde venía todo eso, y en las historias que se contaban. El río ese nace allá lejos, en una laguna con nombre que suena a misterio, Laguna del Azufral, escondida en el páramo del Oscurana, un lugar que sonaba a final del mundo en las historias de los mayores. Un páramo bravo, decían, por donde no pasaba cualquiera.

Y por ahí, por esa misma ruta que seguía el río y cruzaba el páramo y bajaba al güaico –un lugar que sonaba caliente y peligroso, como en los cuentos de tierra caliente–, pasaba gente antes de que hubiera carreteras de verdad. ¡Los cargueros! Caramba, esa sí que era gente recia, ¡los verdaderos aventureros de antes!

Tía Rosario López contaba, y uno abría los ojos como platos, que cargaban más que un caballo. ¡Una arroba! Hombres y mujeres no muy grandes, pero duros como rocas, con la piel quemada por el sol de lo alto y el viento frío, y curtida por el calor de lo bajo y la humedad. Y los pies... ¡imagínate! A veces con unas sandalias hechas de pedazos de cuero tosco, a veces descalzos del todo, caminando por lodo y piedra, por trochas empinadas y resbalosas con todo ese peso encima. ¡Vaya manera de ganarse la vida!

Llevaban las cosas de por acá, de la provincia: la carne serrana, esa que curaban con sal de nitro y sabía a gloria; y otras mercancías que hacían falta allá abajo. Y de allá traían tesoros, sí, oro de verdad que sacaban de las minas de Barbacoas, y sal, que sin sal no se cocina nada y se pudre todo. Eran como exploradores a pie, ¿sabes? Abriendo camino con la espalda y los pies, llevando y trayendo el mundo de un lado a otro. Eran las leyendas de carne y hueso de esos caminos viejos.

Luego, mucho tiempo después, la cosa cambió un poco, según los cuentos. Hacia 1881, el camino se hizo más ancho, ya para caballos. Y llegó el 10 de agosto de ese año –tía Rosario se acordaba hasta de la fecha–, llegaron los primeros caballos a Barbacoas por esta misma vía. Y con ellos, vinieron los arrieros con sus mulas, recuas enteras cargadas, con sus silbidos y sus cantos. Eran otra clase de gente de camino, igual de importantes, manteniendo la costumbre de transportar carga entre regiones, de arriba abajo y de abajo arriba.

Y así, de tanto pasar y parar, fueron saliendo caseríos a la orilla derecha del río Güiza, enfrente de los viejos –San Isidro, San Miguel, San Pablo, Ricaurte, Cuaiquer Viejo, Cuaiquer Nuevo. Pequeños pueblos nacidos del camino, donde la gente esperaba las cargas, vendía comida para los viajeros y oía las noticias de allá lejos, contadas por arrieros cansados.

Así que, ahí estaba uno, viendo el sol irse por el cañón de La Vega, y sentía que no solo miraba un paisaje bonito y recordaba juegos de niño. Sentía el eco de esos pies descalzos y encallecidos, el jadeo bajo la carga que mi tía contaba, el trote de las mulas. Sentía que la historia de esa gente valiente y sus caminos difíciles estaba escrita en las rocas, en el olor a páramo y güaico, y en el eterno correr del río que fue testigo de todo. Y de alguna manera, uno era parte de todo eso, solo por haber jugado de niño en sus aguas y haber oído las historias de tía Rosario.

¡Caramba! Con que estilo Tom Sawyer, ¿eh? Bueno, prepare los oídos para cuentos de casas hechas a mano, cocinas que son el corazón del mundo y máquinas voladoras que parecen sacadas de otro planeta. Agárrese:

**Casas de Tabla, Cuyes en la Cocina y Máquinas Voladoras: Cuentos de la Vega**

Pues sí, por aquí, en estas lomas de La Vega, las casas de antes no se hacían como las de ahora, ¡qué va! Esas se levantaban con la fuerza del brazo y la maña de la gente. La tabla para las paredes se sacaba de la montaña misma, ¡a pura hacha y con unas cuñas de madera! Era un trabajo de hombres fuertes. Luego llegaron unas sierras gigantes, que para usarlas se necesitaban dos tipos, uno arriba del tronco y otro abajo, dándole al "tira y afloja". Y la sierra, con unos dientes que parecían de animal salvaje, se comía la madera poquito a poco. Había que saberle sacar filo a esos dientes, según el palo que se fuera a cortar, ¡imagínate! Un filo para la madera suave, otro que le decían "uña de gato" para el palo duro, ¡ese que no se deja!

Las casas se ponían sobre unas piedras grandes, como en zancos, para que la humedad del suelo no se subiera y no dañara la madera. Una parte era la casa de dormir, la buena. Y al ladito, pegadita o a un pasito, la cocina. Esa sí, sobre la tierra misma, el lugar más calientico. Y los techos, ¡esos eran un cuento aparte! Los hacían con hojas de caña seca amarradas, o con hojas de bijao, y al terminarlos quedaban como escamas. ¡Parecía que la casa tenía piel de pescado gigante! Y los pisos, ¡caramba! Con palma de güalte o chonta, durísimas que también se partían con hacha, y luego se amarraban bien. Caminar ahí sonaba distinto, como a madera vieja y firme.

Y las casas de los indios de la montaña, ¡esas sí eran otra cosa! En unos pilotes altísimos hechos con troncos de helechos viejísimos, ¡tan viejos como las historias de sus abuelos! Con techos de hojas del monte. Para subir, un palo con muescas, como una escalera coja y rara. Y cuando se moría alguno... ¡lo enterraban debajo de la casa! Y después, se iban a hacer otra casa nueva en otro lado. Como por aquí llueve tanto y hace calor, todo se descomponía rápido, y el monte se tragaba el lugar viejo. Daba qué pensar eso...

Pero donde pasaba la vida de verdad, el centro del universo en cada casa, era en la cocina. ¡Uy, sí! El lugar más calientico, con olor a humo y a comida. No solo para cocinar; ¡era la sala de juntas! La gente se quedaba ahí charlando hasta que las lámparas de querosene empezaban a echar humo y los ojos se cansaban. Y las camas esperando, porque al otro día, apenas cantaba el gallo –¡pam!–, ¡a levantarse y a trabajar!

La comida, esa que daba la fuerza, salía de las tulpas. Eran fogones sencillos hechos con piedras redondas sacadas del río, puestas sobre la tierra. Y encima, colgando del techo, estaba la burra. Un andamio de palos amarrado con lo que se encontrara. Ahí se ponía a secar la leña para el fuego constante, pero ¡también se ahumaba carne! Colgaban los pedazos, y el humo del fogón les daba un sabor... ¡y así duraban!

Y en esa cocina, la reina era la guagua, la piedra de moler. Una piedra lisa del río, tallada a fuerza de usarla. Ahí se molía el maíz para las arepas, el café que despertaba... y sobre todo el guineo. ¡Ah, el guineo! Las mujeres, acuclilladas en el piso de chonta, molían y molían el guineo cocinado con sal, y sacaban las "balas". Esa masa era el pan de cada día, la fuerza para el almuerzo. Venía de la chagra, donde se sembraba de todo para el sustento: guineo, plátano, zapallos, yuyo para las morcillas...

Y en la chagra criaban gallinas, cerdos... ¡Pero los más pequeños, los cuyes y conejos, esos vivían en la cocina! Sí, ahí mismo, cerca del fogón para que no les diera frío. Andaban correteando asustadizos entre los pies de la gente, porque, claro, sabían que estaban al lado de los asadores. Pobres bichos, comiendo hierba del río todos los días sin saber cuándo les tocaba la fiesta. Daba un poco de lástima, ¿sabes? Eran nerviosos de ver el fin que les esperaba.

Para lavar la ropa, pues a la quebrada, a buscar una piedra plancha lisa. Y jabón, ¡pues no había barras! Usaban hojas de palma china que echaban espuma al frotarlas, o las mezclaban con ceniza del fogón para que hicieran más espuma. Con el sebo de los cerdos también se hacía jabón... ¡y velas, para alumbrar cuando se acababa el querosene!

En tiempos de apuro, como en la guerra esa de los Mil Días, decían que no había sal por ninguna parte, ¡y sin sal nada sabía a nada! Pero contaban que allá en El Saldo, en las tierras de un señor Rafael Lincer, salía agua salada de un arroyito. Y la gente, ¡más lista que el hambre!, la cocinaba en ollas grandes hasta que el agua se iba y quedaba la sal pura al fondo. ¡Una labor de paciencia para tener algo esencial!

Pero lo más grande que pasó por aquí, lo que parecía sacado de otro planeta, fue el oleoducto. Vieron llegar máquinas gigantes por el río Amazonas, por el mar en Tumaco... ¡monstruos de metal! Buldócer que empujaban la tierra como si fueran hormigas gigantes, grúas que levantaban tubos enormes que pesaban como veinte elefantes. Los que trabajaban en eso, ganando 2 pesos con 90 centavos la hora por allá en los años sesenta, se asombraban. ¡Caramba, era para no creer!

Pero nada como el helicóptero. Una "máquina voladora" que aterrizó al lado del plan del trapiche. ¡Eso sí que fue una aventura para el pueblo! Gente de todos lados corría a ver. No entendían cómo eso se sostenía en el aire. Y salía gente de adentro, como si nada. Un tipo, que lo vio de cerca, dijo que era "el fin del mundo". Eran aparatos gigantes y blancos, y por alguna razón les decían "calaveras". ¡Vaya uno a saber por qué! Pero daba entre curiosidad y miedo verlos pasar.

Esa larga serpiente de acero se terminó de construir en el 69, y la inauguraron al año siguiente. Un hito, decían los mayores. Pero uno, viendo estas lomas, piensa en todo eso: en las casas hechas a mano, en el olor a humo de la burra, en los cuyes asustadizos de la cocina, en la sal sacada a fuego, y en esos aparatos gigantes que vinieron volando. Son como capas de historias en la tierra y en la memoria de la gente. Y todas, a su manera, son partes de la gran aventura de vivir en estas montañas.

¡Claro! Aquí tienes una versión del relato del bandolero Collazos intentando capturar algo del espíritu narrativo y el tono de Mark Twain en "Tom Sawyer":

**El bandolero Collazos, según se cuenta por ahí**

Pues miren ustedes, en aquellos tiempos, cuando los caminos eran apenas para las mulas y los de a pie, que el de herradura lo estaban echando a andar después de siglos, llegó un hombre del sur. Nadie sabe bien de dónde, si de por San Antonio, allá en el Ecuador, o si venía del mismísimo Perú. Era bajito, sí, pero con una piel morena de indio, curtida por el sol y por las lluvias que caen por estas tierras, que lo mismo te quema el verano que te cala hasta los huesos el invierno, sin hablar de la humedad que te pega al cuerpo por ser esto el pie de monte de la costa. Pero, ¡ojo!, bajito y todo, tenía unos ojos negros, medio rasgados, que te miraban y sentías que te leían el alma. Y con esos ojos, ¡caramba!, mandaba a una cuadrilla de paisanos que lo seguían a donde fuera.

Este Collazos, que así se llamaba el bandolero, no andaba con pequeñeces. Llevaba al cinto un par de pistolas negras, tan oscuras como él, y al hombro una escopeta de pedernal, de esas que echan más humo que bala. El cañón le asomaba por encima del hombro, largo y respetable. Y aunque no fuera un gigantón, en el caballo era el diablo. ¡Un chalán de veras! Y eso que le gustaba el trago, sobre todo el guarapo fermentado, que dicen que lo ponía todavía más arriesgado en la montura.

Traía Collazos a su gente, todos bien armados y montando unas bestias ligeras como el viento. Tenían a los comerciantes y a la pobre gente de la región con el alma en un hilo. Lo mismo aparecían en las selvas húmedas de Barbacoas, donde el calor te sofocaba, que te los encontrabas en los páramos helados de Chambú, donde el frío te calaba hasta los huesos. El ejército, ¡claro!, siempre andaba pisándoles los talones, armando escaramuzas para agarrarlo, pero Collazos era más resbaladizo que una anguila con jabón. Siempre les encontraba la vuelta para burlarlos y salir campante.

Una vez, eso sí, casi lo pescan. Le armaron una emboscada cerca de Chambú, de esas que pensaron que no se les escapaba ni el resuello. Pero Collazos, el muy astuto, no se dejó acorralar así no más. Les hizo una finta, un engaño de esos que solo él sabía, y salió en fuga con sus hombres y con ella, ¡ah, "La Maravilla"! Porque sí, con él siempre andaba una mujer, una beldad que llamaba la atención de cualquiera. Dicen que iba cargada de adornos de oro y plata que brillaban bajo el sol como si fuera una princesa de cuento, o una gitana de esas que te leen la suerte y te roban el corazón. Collazos la llamaba "La Maravilla", ¡y vaya si lo era!

El ejército, como perros de presa siguiendo a un conejo, no lo soltó. La persecución fue larga y dura. Hombres y bestias iban ya con la lengua afuera, agotados. Y Collazos, para aligerar a los caballos, ¿saben lo que hizo? ¡Empezó a tirar sus tesoros al monte! O los escondía entre la maleza del camino. ¡Imagínense! Oro, plata, joyas... ¡dejándolo tirado! Y así estuvo un buen trecho, con el ejército pisándole los talones y él sembrando tesoros por el camino.

Pero no hay fuga que dure para siempre. Ya cerca de Chucunés, viendo que no había escapatoria, que el ejército estaba a tiro de piedra y que la captura era cosa de minutos, miró a su mujer, a "La Maravilla". Eran uña y carne, la fuerza del bandolero y la belleza que lo acompañaba. Y para que no la agarraran o le hicieran daño, en un acto de desesperación... ¡la lanzó al río! El Güisa, que bajaba con una furia tremenda en ese punto. La pobre "Maravilla" trató de nadar, pero sus elegantes vestidos de seda y tul, y todas esas pesadas joyas que llevaba encima... ¡ay, Dios! Eran demasiado peso para nadar contra esos torrentes furiosos. El río se la tragó, dicen, mientras ella gritaba el nombre de su amado bandolero.

Collazos, viendo que ya no había nada que hacer por ella, se paró hombro con hombro con los pocos hombres que le quedaban y se enfrentó al ejército. Pelearon valientemente, como se espera de un bandolero de su talla, pero la valentía no fue suficiente contra la fuerza del gobierno. Y así, Collazos cayó, como dicta la ley para los bandidos.

Pero la historia de Collazos y "La Maravilla" no murió ese día. Todavía anda rondando por ahí la leyenda. Y la parte más interesante, la que hace soñar a cualquiera con la suerte, es la del tesoro. Cuentan, y algunos juran que es verdad, que cuando abrieron esa carretera grande de Pasto a Tumaco, con pico y pala como se hacía antes, algunos obreros que andaban abriendo los barrancos se encontraron, de pura casualidad, con los tesoros que Collazos había dejado caer en su huida. Ollas llenas de monedas, alforjas con joyas... ¡una fortuna caída del cielo! Y claro, como en todo buen cuento, con esa riqueza, unos se fueron a la ciudad y vivieron como reyes, y otros... bueno, el dinero que llega fácil a veces se va más rápido aún, y malgastaron el tesoro del bandolero Collazos. Y así, la leyenda sigue viva, mezclada con la tierra y los secretos que el río Güisa se llevó.

Bueno, vamos a intentar darle un toque de narrador de aquellos tiempos, como si un viejo de mandíbula mascadora de tabaco te lo contara en el porche una tarde calurosa. Aquí tienes "La Niña de la Planada" al estilo Tom Sawyer:

Mire usted, allá por los tiempos en que las velas alumbraban más que las ideas nuevas, en un lugar metido entre montes que le decían Chucunes, vivía una familia de esas que la tierra les daba justo lo que necesitaba pa' no morirse de hambre, y ni un poquito más. Gente honrada, trabajadora como buey de arado, pero pobre de solemnidad.

Una noche, allá cuando el reloj se acercaba a la medianoche —que ya sabe usted, es la hora en que los duendes y las cosas malas andan sueltas—, las gallinas en el gallinero montaron un alboroto que ni pavo en fiesta. Chillaban y aleteaban como si el mismo diablo les pisara las patas.

El padre, un hombre curtido por el sol y los trabajos del campo, gruñó algo desde la cama. La madre, que nunca ha habido madre que no se preocupe, dijo que había que ir a ver qué demonios pasaba. Mandaron a la mayor de las muchachas, una mocita que tendría sus diecisiete abriles, más o menos. Era la más despierta, creo.

"Anda, hija," le dijeron, "vaya a ver si es alguna raposa ladrona (que así le decimos a las zarigüeyas, bichos astutos donde los haya) o un chucuro (que esos son como comadrejas, pero más salvajes y con malas pulgas) que anda queriendo cenar pollo."

La pobre muchacha, que seguro soñaba con príncipes o vayas a saber qué cosas sueñan las jóvenes, obedeció sin rechistar. Se envolvió en algo y salió a la oscuridad, rumbo a la parte de atrás de la casa, donde estaba el gallinero del escándalo.

Y mire usted, eso fue lo último que vieron de ella, oyeron de ella, o supieron de ella por un buen tiempo. Salió y no regresó. Ni esa noche, ni la siguiente, ni la que vino después.

Los padres, claro está, se pusieron como locos. Buscaron por todas partes. En la chagra (que es como llamamos a la tierra cultivada), en el monte espeso, fueron a molestar a los vecinos y a los parientes, preguntando, rogando. Pero nada. Era como si la tierra se la hubiera tragado, o el cielo se la hubiera llevado en volandas. Desapareció sin dejar rastro.

Pasaron los meses, y luego los años. Dicen que fueron casi dos años, o puede que un poco más. La pena seguía ahí, como una brasa en el corazón de esos padres. La gente, bueno, la gente habla, y al final, la historia de la niña que se perdió en la noche se volvió solo eso, una historia triste más.

Pero la vida da unas vueltas raras, ¿sabe? Un día, unos cazadores andaban por lo que ahora conocen como la Reserva Natural de la Planada. Por aquel entonces, eso era pura montaña virgen, salvaje, donde solo se metían los que no le tenían miedo ni al diablo. Andaban buscando venados o algún animal para el puchero cuando, entre la maleza, toparon con una choza medio escondida, como si alguien no quisiera que la encontraran.

La curiosidad, que a veces es más fuerte que el miedo, los llevó a echar un vistazo. Y adentro... bueno, adentro no había mucho que ver, y lo que había no era para alegrarse. Encontraron unos huesos, un esqueleto, para ser exactos. Y pegadas a los huesos, o tiradas cerca, unas telas viejas, hechas jirones, que a uno de ellos le pareció reconocer. Juraría que eran las ropas de la niña perdida de Chucunes.

También encontraron una especie de fogón, con ceniza fría, como si allí se hubiera cocinado algo hace tiempo. Eso les hizo pensar. ¿Por qué una choza ahí, en medio de la nada? ¿Por qué el esqueleto con esas ropas?

La gente del pueblo, cuando se enteró, ató cabos a su manera. La teoría que más fuerza cogió —y que todavía se cuenta— es que la niña, siendo ya mocita, seguro que tenía algún enamorado. Pero vayas a saber por qué, quizá la familia no lo quería, o era un hombre con malas intenciones. El caso es que creen que ese tal enamorado la raptó. Se la llevó al monte, a esa choza escondida, y la tuvo allí por un tiempo. Quizá ella cocinaba en ese fogón, esperando... ¿qué?

Y luego, quién sabe por qué razón, si se cansó de ella, si ella quiso escapar, o si simplemente era un canalla de nacimiento... la mató. Y la dejó allí, abandonada, para que los animales y el tiempo hicieran el resto.

Esa es la historia que se cuenta de la Niña de la Planada. Triste, ¿verdad? Un misterio que se resolvió a medias, con un esqueleto y una teoría que suena plausible, aunque nadie nunca pudo confirmarla del todo. Así eran las cosas en esos tiempos, amigo. Pasaban desgracias que se quedaban flotando en el aire como el humo de una fogata, y nadie terminaba de entender bien por qué.